

ANÁLISIS DE LOS PERSONAJES

RISAS Y LAGRIMAS EN EL «INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA»

OCURRE a todos, con mayor o menor frecuencia, disponer de ratos libres para el descanso. La enfermedad, el mal tiempo, una pequeña vacación, nos retienen tras de los cristales de nuestra ventana o en un amable rincón del estudio. La quietud nos trae a la memoria el recuerdo de los viejos compañeros, de las cosas pasadas, de las lluvias cuyas manchas secaron en los muros muchos años atrás. Alejados de los amigos, de las reuniones de café, en esas horas que se alargan pesadamente y atraen la melancolía, solemos, para hacer el tiempo breve o descargarnos del peso de algún recuerdo triste; acudir a esos otros amigos que nos aguardan quietos en los estantes de nuestro armario: los libros.

Sin duda, entre estos libros y en el primer puesto, está la *Historia del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* escrita por Miguel de Cervantes. Todos hemos vuelto más de una vez a ese libro; todos hemos releído sus páginas cada vez con mayor gusto y nos ha ocurrido hallar en ellas algo que subrayar o anotar, párrafos que celebrar como nuevos, alusiones a personajes de la época que no captamos en anteriores lecturas.

Fué en uno de estos gustosos reencuentros con las páginas célebres cuando advertí la gran profusión de lágrimas que a lo largo de la novela derraman sus personajes y especialmente los masculinos. Repasé toda la obra con la intención de registrar los momentos de emoción, los llantos y enternecimientos descritos en ella. Una vez puesto en la pista de las lágrimas, fué forzoso dar también con las risas y entretuve mis ocios en el curioso menester de contemplar a los seres de la ficción ilustre en



sus momentos tristes y alegres, mohinos o regocijados. En este pequeño trabajo anoto el fruto de mi curiosa busca.

Es rarísimo el personaje del *Quijote* que no derrame alguna lágrima o haga sentimiento de lástima por algo. Si un retrato tiene siempre algún parecido con el artista que lo hace y cualquier tema es desarrollado según la manera de sentir del escritor, no será descañellado el intentar ver al propio Cervantes reír y llorar con sus personajes, sentir con ellos.

El transcurso del tiempo, los cambios de costumbres, el hundimiento de la novela caballescica y otras circunstancias más, han hecho que se opere un cambio importante en los efectos de la lectura del *Quijote*: el libro que nació para hacer reír está más cerca hoy de producir el efecto contrario. Aquellos pajes leyendo y riendo por los pasillos, las damas alborozadas y la anécdota de Felipe Tercero en Segovia, no son enteramente comprensibles para nosotros.

Hoy, pasamos por los que Cervantes quiso hacer chistes de carcajada con la mayor indiferencia y si su libro hubiera pretendido sólo eso, hacer reír, hace tiempo que no se leería. Pero en el *Quijote* está la ironía, la burla triste de la vida, que es esencia de los verdaderos humoristas, y eso no puede morir porque sirve para siempre y siempre los hombres pueden y podrán ser Quijotes; con distintas circunstancias, con diferentes trajes, con diversas costumbres.

Conviene hacer notar cómo en el libro de Cervantes, así como los personajes que rodean a Don Quijote rien y lloran según las circunstancias les obligan a ello, el personaje central, el ingenioso hidalgo loco, pasa imperturbable por todos esos momentos de emoción. El vive solamente según las normas de sus lecturas caballescicas; esto es: vive literatura y la vida que le rodea no tiene para él importancia alguna si no se le muestra disfrazada con apariencias literarias.

Médicos alienistas de Don Quijote, curanderos de su demencia, fueron el cura, el barbero y el bachiller Sansón Carrasco. Sienten los tres una caritativa locura por su vecino que les arrastra a irse tras de él con el empeño decidido de volverle a casa, a llevar mejor vida que la de caballero andante. Empeñados en esa gran obra de caridad no vacilan ante nada y llegan a parecernos tan locos como su convecino.—Se entiende que han de hacer gasto para conseguir su intento. El cura se pone a veces al borde de la falta de respeto debido a sus propios hábitos. El barbero, a imitación del cura pero sólo con pérdida de los reales de su clientela, abandona a sus parroquianos habituales por afecto al buen Alonso.





El bachiller siente bullir la sangre joven y no le importará ir detrás de Don Quijote con la idea de luchar en contra suya utilizando sus mismas armas. Desde el primer encuentro en que fracasa su propósito, le veremos ya empeñado en volver a su pueblo con el vecino extraviado, así le costase la vida.

Contrapunto de Don Quijote, Sancho sigue al caballero con su cuenta y razón, a veces engañándole y a veces siendo engañado por él. Sancho sí ríe y derrama aquellas lágrimas que su corazón le envía abundantes. Lloro el escudero porque no es un orate sino un hombre simple con sus puntas de burlón y filósofo. Sus llantos son, a veces, más para provocar a risa que a otra cosa; por ejemplo, las lamentaciones que hace al borriquillo robado. Esta situación de burlado y desposeído de su cara propiedad, más parece que debiera moverle a indignación y gritos que a tiernas lágrimas. Pero Cervantes sabía estos llantos de un gran efecto cómico. Así, cuando, luego de «hacer el más triste y doloroso llanto del mundo» ...le llama al asno desaparecido hijo de sus entrañas, brinco de sus hijos, regalo de su mujer y otras lindezas desaforadas.

Ninguna o muy poca educación ha recibido el humilde Sancho y no tiene por costumbre el aguantar sus arrebatos sentimentales; antes bien, está animado por bajos ejemplos a exagerarlos. Pero Don Fernando no. Don Fernando es hijo segundón de un alto título de España. Fué educado con un cuidado que no sería el que nos figuramos hoy pero, sin duda, el mejor que se podía dar en aquella época. Este Don Fernando, que ha conseguido de una bella, inferior a él en calidad—Dorotea—plenos favores mediante promesa de matrimonio; este Don Fernando que se ha prendado, después, de la prometida de su amigo Cardenio y ha intentado robársela causando un terrible trastorno que les lleva a todos a Sierra Morena y sus alrededores en una trama digna de la época por lo embrollada; este Don Fernando acabará haciendo grandes esfuerzos para contener sus lágrimas de infantilismo luego de andar comportándose como cualquier feudal italiano de las creaciones de Manzoni. «Le fué necesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar indubitables señales de su amor y arrepentimiento» dice Cervantes contando la reconciliación de Don Fernando y Dorotea. Luego Don Fernando contuvo sus lágrimas para no dañar su entereza ante la opinión de aquellas gentes. Cuando se trató de convercer a Dorotea para que ésta accediese a su amor, ¿retuvo también sus lágrimas? Cosá graciosa es que unas veces las oculte por abundancia de testigos y otras las suelte en demanda de



ellos. Pues nos encontramos con un Don Fernando diferente cuando en la intimidad de una sala en la casa de Dorotea, hacía que «sus lágrimas acreditasen sus palabras y los suspiros su intención». Ante Dorotea difícil, vuelve a repetir Don Fernando «lágrimas y suspiros». Por fin, a la joven la convencen y empujan a despeñarse, principalmente, «los testigos que ponía, las lágrimas que derramaba». Luego Don Fernando, «al concértar de la barata» —frase asimismo de Dorotea— se dió un buen rato de llantinas y suspiros que hoy nos cuesta trabajo aceptar con serenidad.

Veremos que cuando Dorotea, no fiándose del todo de los testigos espirituales que quiere traer traer su amante, llama a la criada para que también sea testigo, el Don Fernando que los prefiere celestiales a terrenos, vuelve a clamar sus juramentos, llama a nuevos santos para que estén presentes en sus promesas, se echa mil nuevas maldiciones para si no las cumpliere y, por fin, vuelve a sus «lágrimas y suspiros acrecentados». Este último esfuerzo del joven noble le reporta un éxito feliz.

En esta historia de Don Fernando, Cardenio, Dorotea, Luscinda y demás, todos lloran. Cardenio, hechó una lástima pura, por Sierra Morena, a veces canta para terminar su canción en «sollozos y lastimeros ayes». Dorotea, va a «buscar dónde, sin impedimento alguno pudiera, con suspiros y lágrimas» consolarse y olvidar. Luscinda, después de ser entrada en un convento y raptada por Don Fernando, al llegar a la venta donde se realizará todo el desenlace de esta historia, viene también suspirando y «con señales de haber llorado mucho». Una de los asalariados que traen a la pobre mujer, afirma que todo lo que sabe y puede decir al cura es los muchos sollozos y suspiros que ha dejado escapar durante el camino la raptada.

Acabado el enredo, llorarán todos los presentes. Don Quijote, recluso en su cámara, perderá esta ocasión de demostrar que no se conmueve fácilmente. Dorotea, próximo ya el final de la trama se ha de abrazar a las rodillas de su traidor Don Fernando y lo hace «sin cesar un punto en sus lágrimas». Luego, se adivina un largo llanto: cuando cura, barbero y demás presentes piden a Don Fernando que entre en razón, lo hacen valiéndose de las lágrimas que derrama Dorotea y le ruegan y suplican que tenga a bien el mirarlas. El valeroso pecho de Don Fernando, «como alimentado de sangre ilustre» cede a los ruegos de todos y dirige un discurso a la caída Dorotea, volviéndola a su favor y predilección con



una veleidad notable que se advierte en otros personajes de las ficciones literarias de aquellos tiempos.

Ante la decisión de Don Fernando, todos los presentes sueltan los ojos en lágrimas «porque comenzaron a derramar tantas, los unos del contento propio, los otros del ajeno que no parecía sino que algún mal caso a todos les había sucedido». «Hasta Sancho Panza lloraba...».

Secas estas lágrimas, volverán los ojos a humedecerse con la presencia del cautivo y la mora que éste se trae de allá. Al decir ella que no se llama Zoraida sino María, María, «el grande afecto que la mora dijo esto y las mismas palabras de la africana, hicieron derramar más de una lágrima a algunos de los que la escucharon». «Lloraron especialmente las mujeres, que de su naturaleza son tiernas y compasivas».

* * *

Las lágrimas son en el *Quijote*, con mucha frecuencia, fiadoras de la verdad. Un renegado que ayudará a escapar al cautivo y a otros compañeros, recurre a ellas para demostrar que no les traicionará: «Y diciendo esto sacó del pecho un crucifijo de metal y con muchas lágrimas, juró por el Dios que aquella imagen representaba...». Y luego: «con tantas lágrimas y con muestras de tanto arrepentimiento dijo esto el renegado...».

Ya quedó visto lo que en materia de conquistas amorosas puede el llanto. En la historia de Anselmo y Lotario se volverá a demostrar su gran fuerza persuasiva, ya que Camila se dejó influir «de las lágrimas y las razones de Lotario», dejando crecer en su pecho «cierta amorosa compasión», puesto que Lotario «lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió y fingió».

De la historia de la mora y el cautivo con toda su estela de llantos recogeremos los siguientes párrafos:

«en diciendo eso, tornó a llorar tan amargamente —el padre de Zoraida— que a todos nos movió a compasión». «Comenzaron los dos —padre e hija— tan tierno llanto, que muchos de los que allí íbamos los acompañamos en él». Al saber el moro la verdad, esto es, que su hija iba muy a gusto con sus robadores y que se quería convertir a la religión de ellos, la cristiana, su desesperación le empuja a buscar la muerte arrojándose al mar. Le salvan y, al abandonarle en tierra, da gritos desaforados. «Todo lo cual lo escuchaba Zoraida y todo lo sentía y lloraba». An-



tes también Zoraida había hecho tierno llanto sobre su padre «como si fuese ya muerto».

Esta noche en la venta, de vuelta todos de Sierra Morena, es fecunda en hechos venturosos que serán como el cabo y fin de unas grandes mañanas y enredos que se han venido entrecruzando en los últimos días. Y a la venta llegará, bien entrada la noche, un Oidor que ha de acomodarse en ella, pese a la escasez de camas y aunque los venteros hayan de dormir en el pajar. Con el Oidor viene Doña Clara, joven como de dieciséis años, y tras de Doña Clara llega también otro joven enamorado que entona por los patios canciones muy bien compuestas.

El Oidor resulta ser hermano del cautivo y escucha la historia del perdido pariente sintiendo las lágrimas a flor de ojos. Cuando el cura acaba de contarla, el Oidor pide más noticias del ex-cautivo y de Zoraida. No sabe que los tiene allí mismo. Al aclararse todo vuelven los llantos de alegría: «Estas y otras palabras decía el Oidor, lleno de tanta compasión con las nuevas que de su hermano le habían dado, que todos los que le oían le acompañaban en dar muestras del sentimiento que tenían de su lástima». Ante su hermano ya, poniéndole las manos en el pecho para verle de más lejos, «dando un gran suspiro y llenándosele los ojos de lágrimas», razonó el Oidor, como pudo, su alegría.

Es curioso observar cómo en el *Quijote* rara vez se llora sólo, pues siempre hay pechos generosos que ayuden al llanto de los demás con sus propias lágrimas.

Los hermanos, otra vez unidos al cabo de tanto tiempo de separación e incertidumbre, no cesan en sus expresiones de alegría y todo se les vuelve derramar «tiernas lágrimas de contento».

Con esto, llega a Doña Clara de Viedma la hora de los sollozos: recogida en su estancia, con Dorotea, al escuchar la serenata apasionada de su seguidor, «principió a vivos sollozos dejando a su compañera afanosa de saber la causa».

Luego de algunos discreteos, Clarita acaba por confiarse a la recién adquirida amiga y le relata cómo el cantor es de gran familia y sólo ha tenido con él cambios de señales amorosas. Parece que adivinamos cuáles sean esas: El le hacía desde lejos ademanes de juntar las manos en señal de casamiento y... «con tantas señas y con tantas lágrimas» le demostraba su amor que no había lugar a duda acerca de su sinceridad.

Zoraida, en todas estas cosas, no entendiendo la lengua castellana,





«se entristecía y alegraba a bulto», esto es, según veía los ojos de los demás rientes o llorosos.

* * *

Al gran embrollo de la venta faltaba la llegada del dueño del yelmo de Mambrino y la de los cuadrilleros de la Santa Hermandad que iban tras del héroe loco por aquello de la liberación de los galeotes. También llegan los criados del padre de Don Luis que quieren llevarse a toda costa al hijo de su señor.

El Oidor, ante este nuevo acontecimiento, lleva aparte a Don Luis y le pregunta la causa de su parada allí, en traje tan inferior. Al joven «se le vinieron las lágrimas a los ojos y no pudo responder palabra». Algo más tarde sí que hablará y bien; sólo que para empezar asirá las manos del Oidor «como señal de que algún dolor le apretaba el corazón y derramando lágrimas en abundancia» declara su pasión al contentísimo suegro futuro, que le ruega entretenga a los criados de su padre y dé tiempo con ello a que piense él lo que hará. El mozo da cuenta de su pasión en un no breve discurso y confiesa que Doña Clara sólo le ha visto hacer señas y también «llorar sus ojos». Al recibir la contestación benévola del Oidor, el joven impulsivo «besóle las manos fuertemente y aun se las bañó con lágrimas». Así pues, vemos que los que van llegando a la venta a destiempo de lágrimas anteriores tienen una recompensa de llantos por nuevos motivos.

* * *

Todos sabemos que Don Quijote salió de la venta en una jaula y apenas podemos creer que no salieran también los demás, según el gran número de embrollos que allí tuvieron su desenlace.

Hasta dar con Don Quijote en su casa no habrá otras lágrimas que aquellas que suelta Sancho sobre su amo apaleado por los disciplinantes de la procesión y, luego, los gritos del ama y sobrina viendo llegar al buen Quijano en tan lamentable estado.

El llanto de Sancho siempre tendrá sus puntas de interesado. En la segunda parte del libro le vemos «enternecido y llenos de lágrimas los ojos» ante la posibilidad de que su amo acepte los ofrecimientos del bachiller que simula querer irse con Don Quijote de escudero. Ama y so-



brina lloran también desesperadas mesando sus cabellos y arañando sus rostros.

Cuando las bodas de Camacho, se nos cuenta la industria del amante pobre para alcanzar la mano de Quiteria. El pobre enamorado está tendido en el suelo, bañado en sangre de cordero, simulando agonizar. Quiteria permanece «como mármol». Es reducida a dar su mano al falso agonizante, por los ruegos y lágrimas de todos los circunstantes. Aquí no hay lágrimas principales que arrastren al coro: es el coro el que las derrama por decisión unánime y tácita.

* * *

Ahora busquemos a Don Quijote en el camino de Barcelona donde nos espera una gran sorpresa. En dicho camino, el hidalgo se encuentra con Roque Guinart. Hombre sanguinario, tiene aterrada a la comarca. Se le persigue duramente y los cuerpos de sus hombres penden arracimados de los árboles, como frutos indeseables. Pero Don Quijote resulta simpático al bandido insigne, que le retiene con él unos días. Mientras Don Quijote está en tan terrible compañía, ocurre un episodio desalentado: una tal Claudia, amiga del bandijo o hija de familia protegida por él, es supuestamente abandonada por su amante. A ella le han informado mal haciéndole creer que el hombre a quien ha dado palabra de casamiento y no sabemos qué otras prendas de las que entonces se daban con tanta facilidad, escapa a contraer matrimonio con otra joven de un pueblo vecino. Sin abandonarse a las lágrimas a que tan acostumbrados estamos, ella adopta un vestido de varón, sale al camino, espera al hombre que ella cree huidizo y le dispara a bocajarro una escopeta y dos pistolas.

Ha venido la joven hasta Guinart para pedirle su protección después de este acto tan descabellado y Roque sale al camino a comprobar la muerte del desgraciado. Cuando le encuentra, el hombre expira con apenas unos momentos de vida que le permiten decir que no iba a boda alguna sino a sus negocios y que Claudia se había ido de la mano y de la cabeza. Aquí no hay remedio sino hacer que llore la loca Claudia, la varonil zagala, que, arrepentida, deshace su peinado, grita y se destroza la cara con las uñas. Y veamos llorar a Roque Guinart: «Tales y tan tristes eran las quejas de Claudia que sacaron las lágrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados a verterlas en ninguna ocasión».



Y por cierto que las superiores de conventos o monasterios cumplen un lucido papel en el *Quijote*: Lotario lleva a Camila, la esposa infiel, a un monasterio donde era priora una hermana suya. A otro monasterio escapa Luscinda y de allí la rapta el valeroso pecho de Don Fernando que reparaba poco en abadesas por lo que se ve. Claudia, también pide a Roque Guinart conduzca bajo su segura y digna protección, a un monasterio donde es abadesa una tía suya a la que suponemos dando una regañina a Claudia por dejarse llevar de arrebatos.

* * *

En Barcelona, cuando la visita a las galeras, en el desenlace de la historia de Ana Félix, hija del morisco expulsado, hay también lágrimas: «Y luego calló, preñados los ojos de tiernas lágrimas, a quien acompañaron muchos de los que presentes estaban». También «hubo lágrimas, hubo suspiros, desmayos y sollozos al despedirse Don Gregorio de Ana Félix». Sancho, en una ocasión, recién salido de su gobierno, al encontrar a su antiguo convecino el morisco, le cuenta la salida de esta bella joven del lugar y hace mención de que todos los que la vieron ir lloraron y, asimismo, él.

Finalmente, vemos a Don Quijote volver a su casa, vencido por el tenaz bachiller. Vuelve triste y con el ánimo decidido de hacerse pastor. La muerte trunca los buenos deseos de Don Quijote —o Quijótiz, según sus novísimas intenciones— conduciéndole a mejor vida, luego de tornarle por breves horas a su seso cabal. Hay llantos de las mujeres y de Sancho, algo atenuados a ratos por la noticia del testamento: «Comía la sobrina, brindaba el ama y se regocijaba Sancho Panza. Que esto del heredar, algo borra o templá en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto».

* * *

Hemos visto llorar a todos o casi todos, por motivos humanos. Hasta maese Pedro, el ladrón, el tramposo, el fullero, hasta este Ginés de Pasamonte desagradecido llora cuando ve sus figurillas destrozadas por la rabia de Don Quijote. Acaso su llanto sea disimulo de su furia interna, de su ferocidad contenida que no puede declarar. Pero, en fin, es llanto que entenece a Sancho y le mueve a decirle: «No llores, maese Pedro,



ni te lamentes, que me partes el corazón». Lloro Guinart y llora este maese Pedro avezado a difíciles encuentros y aventuras. ¿Y la risa? ¿Dónde están las risas en el *Quijote*?

Así como en la primera parte del libro apenas si cuesta trabajo encontrar párrafos que describen llantos, en cambio los que dicen de risas son difíciles. Siempre encontramos la carcajada tras de alguna burla hecha al pobre hidalgo loco. Las muchachas que en la venta le atraen al ventanuco, le atan por el flaco brazo y le dejan colgado, «se fueron muertas de risa». Cuando Don Quijote arremete contra las narices de un pastor y éste, enfurecido, le maltrata gravemente, también suena la carcajada: «Reventaban de risa el canónigo y el cura, saltaban los cuadrilleros de gozo»... Todo este regocijo porque un loco era puesto a la muerte por un mentecato —un cursi de entonces— que andaba en traje de pastor «cantando alabanzas o vituperios» a una tal Leandra que le había desdeñado. Cuando arremete Don Quijote a la procesión de disciplinantes y con la horquilla de un andero le apalean, también, mientras llora Sancho sobre el que cree cadáver de su amo, sonarán las risas de todos.

Porque parece que el llanto y la risa han traicionado su fin, vemos que se lloró de alegría en situaciones de regocijo y algazara, y vemos que ahora se ríe cuando la compasión y la generosidad estaban indicadas.

Hay risas de mujeres; de mujeres mejor intencionadas que las venteras de la burla y, cuando Doña Clara cuenta sus temores a Dorotea, ésta no podrá dejar de reír «oyendo cuán como niña hablaba». Y hay una sonrisa bellísima que el talento de observador de Cervantes nos deja como un bello regalo que para nosotros recogió, en Dios sabe qué venta, en cualquiera de sus muchos viajes. Un apunte rápido, de artista, al que nada hay que poner ni quitar. Don Quijote, mientras los huéspedes leen novelas puestos alrededor de una mesa de tinelo «porque otra no había en la venta», Don Quijote, digo, se ha levantado en sueños y agrediendo a fieros gigantes, no ha dejado pellejo de vino sano. Se ha armado un gran revuelo. La ventera grita, se queja y jura por el desaguisado. Promete que todo se lo han de pagar. Don Fernando, el cura y demás tratan de calmar el escándalo. Cervantes, en medio de todo este alboroto, nos hace observar que «la hija del ventero callaba y de cuando en cuando se sonreía...». ¿De qué sonreía esta muchacha? No sabemos. Pero Cervantes nos señala con su pluma hacia un rincón y nos hace ver que, mientras los venteros desesperan y gritan, la hija, desde la penum-





bra, sonríe a un hombre que aún no es manco, que es joven. Y este hombre que recordará siempre esa sonrisa, para agradecerla, la dejará escondida para siempre en su libro. La muchacha morena, del pelo ensortijado, revuelto; la traviesa muchacha que no teme al arriero, calla y sonríe en todos los idiomas.

¿Risas? Las de los duques. Es época de bufones y criados que divierten al señor. Al castillo llega un loco célebre, que ya anda en los libros; tras de él viene un criado simplón esperando el gobierno de una ínsula. No se puede dejar escapar ocasión tan estupenda de burlarse de ambos. Imagina el duque, sin tardanza, un trampolín desde el cual se lance la locura de su huésped a las más altas regiones. Montarán un doble escenario para la locura del amo y la sandez del criado. La doble pista de los circos actuales tendrá un antecedente en aquellos dos costosos tablados.

* * *

El catalán Don Antonio Moreno sabe que en las burlas no se debe llegar hasta un punto en que resulte daño para el burlado. Por eso, su chanza mayor será sacar a su huésped por las calles de la ciudad condal, adornado de un balandrán pesadísimo que hiciera sudar a una estatua. A ese balandrán, cosido, un letrero: «Este es Don Quijote de la Mancha». Le engaña también con la cabeza maravillosa hecha a imitación de una que inventó, para propia diversión, un librero de Madrid y que, a buen seguro, le fué ordenado destruir para no alterar la imaginación del vulgo, siempre dispuesta a dispararse hacia lo maravilloso.

Risas hubo en el sarao dispuesto por Don Antonio en honor de su huésped y el mayor número de ellas lo provocarían las dos desenvueltas damas que le requirieron de amores, como a hurtadillas, y a las que el pobre hidalgo respondía con estufidos y desaires de fiel amador de Dulcinea.

* * *

En el *Quijote* hay gran abundancia de frases picantes destinadas a provocar la risa del lector: ciertas exclamaciones de la ventera, de Sancho... Hay parecen estas gracias desmayadas y como fuera de lugar. No se trata de los atrevimientos desvergonzados y casticísimos de Celestina; parecen más bien aquellas figuritas perdidas en los países de Brueghel o Patinir, esas figurillas de campesinos zafios, con un papelote



en la mano, metidos entre los riscos, y que los cicerones señalan a los visitantes para su regocijo. En realidad, el cuadro no está en el museo por aquellas figuras ni el *Quijote* en todas las estanterías por las lamentaciones de la ventera a su cola rapada, «inútil ya para lo que su marido la quería».

* * *

Cervantes escribió en las páginas de su obra allá por los alrededores del noventa y ocho del siglo dieciséis. Como si todos los noventa y ocho invitasen a los escritores a volver la mirada sobre las tristezas de su país. Al contarnos los descabros de Alonso Quijano el Bueno; al ponerle ante nosotros con los dientes derribados en varias ocasiones, apaleado, lapidado por los que le deben la libertad; al presentárnoslo burlado, llevando sobre sus hombros la gran capa de carmesí y en la cabeza el bonete verde y oro, Cervantes, ¿no sentiría lástima de su creación? Él, que sabía de miserias y fracasos; él, que se vió despreciado como poeta y supo de las burlas hechas a sus novelas; quien pudo escribir en *La gitanilla* que «esto de la hambre tal vez hace arrojar los ingenios a cosas que no están en el mapa»...; él, ¿reiría mucho al escribir su mejor libro? Si tantas lágrimas tuvo para repartir entre sus personajes, ¿no tendría alguna suya para las desgracias del malaventurado caballero? ¿O él reiría en compañía de los duques, haciendo coro al canónigo o con los galeotes recién libertados?

Cierto que era un loco gracioso el buen hidalgo; pero su locura era trágica y le llevaba a descabros de empresa cuerda. Le llevaba a los mismos descabros que hallaban de vez en vez nuestros conquistadores, nuestros políticos; los que encontraban aquellos españoles cuyas sombras, a fuerza de querer estar en todos los caminos del mundo, se alargaban prodigiosamente hasta parecerse —asombrosa semejanza— a la sarmentosa sombra del loco salido de cierto lugar de la Mancha y cuyo paseo por el mundo aún no ha terminado.

(Ilustraciones del autor.—Este ensayo procede, en versión resumida, de una conferencia dada por su autor en la Real Sociedad Económica de Amigos del País, de Murcia).

